
TRADUCCIONES

DIA TRAS DIA

por Salvatore Quasimodo

Traducción: Marco Antonio Campos

Dedicatoria del traductor:
a Eugenia Revueltas

1

En las frondas de los sauces

¿Y cómo podíamos cantar
con el pie extranjero en el pecho,
entre los muertos abandonados en las plazas
sobre la hierba dura de hielo,
ante el lamento de cordero de los niños,
ante el sombrío grito de la madre
que iba a la búsqueda del hijo
crucificado en el palo del telégrafo?
En las frondas de los sauces, por un voto,
también muestras cítaras colgaban,
oscilaban leves en el triste viento.

2

Carta

Este quieto silencio entre las calles,
este viento indolente que resbala
entre las hojas o sube de nuevo
a los colores de las banderas extranjeras.
Acaso el ansia de decirte una palabra
antes de que llegue un nuevo día;
tal vez la inercia, nuestro mal más vil. . .

La vida no está en este terrible, oscuro
latir del corazón, no es piedad,
no es más que un juego de la sangre
donde la muerte está en flor. Oh, mi dulce gacela,
yo te recuerdo aquel geranio ardiendo
sobre un muro acribillado de metralla.
¿Oh, ni la muerte consuela
ya a los vivos, la muerte por amor?

3

19 de enero de 1944

Te leo dulces versos de un antiguo
y las palabras nacidas en las viñas,
las tiendas, a la orilla de los ríos
de las tierras del este, cómo caen ahora
lúgubres y desoladas en esta profundísima
noche de guerra, donde nadie recorre
el cielo de los ángeles de muerte,
y se oye el estruendo del viento
cuando sacude las lágrimas que aquí, en lo alto,
dividen los pórticos, y la melancolía
sube desde los perros que, en los huertos,
aúllan con los disparos de mosquetes de las rondas
en las calles desiertas. Alguien vive.
Tal vez no vive nadie. Pero nosotros, aquí,
buscando oír la voz antigua,
andamos tras de un signo que supere la vida,
el oscuro sortilegio de la tierra,
donde aun, en la tumba de los escombros,
la maligna yerba levante su flor.

4

Nieve

Desciende la noche: nos dejáis otra vez,
oh imágenes amadas de la tierra, árboles,
animales, pobre gente oculta
bajo las mantas de los soldados,
madres con el vientre reseco por las lágrimas.

Y la nieve, por los prados, nos ilumina
como luna. Oh, estos muertos. Golpead
en la frente, golpead hasta el corazón.
Que grite al menos uno en el silencio,
en este albo cerco de enterrados.

5

Día tras día

Día tras día: palabras malditas y oro
y sangre. Os reconozco, semejantes, oh monstruos
de la tierra. A vuestra mordedura ha caído la piedad,
y aun la buena cruz nos ha dejado.
Y no puedo volver hacia mi elíseo.
Levantaremos tumbas a la orilla del mar,
sobre los campos lacerados, pero no,
ninguno de los sarcófagos que marcan a los héroes.
La muerte ha jugado de más ya con nosotros:
se oía en el aire la monótona caída de las hojas,
como en el yermo cuando al viento del siroco
el ave de los pantanos asciende sobre las nubes.

6

Tal vez el corazón. . .

Ahondará el olor acre de los tilos
en la noche de lluvia. Será vano
el tiempo de la alegría, su furia,
su mordedura de rayo que destruye.
Apenas abierta queda la indolencia,
el recuerdo de un gesto, de una sílaba,
como si fuera un vuelo despacioso de pájaros
entre vapores de niebla. Aún esperas,
ignoro qué cosa, mi extraviada; tal vez
una hora decisiva, que reclame el principio o el fin:
ahora es lo mismo. Negro, aquí, el humo de los incendios
aún seca la garganta. Si puedes,
olvida aquel sabor de azufre,
y el miedo. Las palabras nos cansan,

vienen de un agua lapidada;
tal vez el corazón nos queda; tal vez el corazón. . .

7

La noche del invierno

Y aún la noche del invierno,
y la torre de la aldea oscura en sus fragores,
y las nieblas que ahondan el río,
y los helechos y las espinas. Oh compañero,
has perdido el corazón: en la llanura
no hay lugar para nosotros.
Aquí, callado, lloras por tu tierra
y muerdes el pañuelo de color
con tus dientes de lobo:
no despiertes al niño que duerme junto a ti
con los pies metidos en un hoyo.
Nadie nos nombre aquí a la madre,
nadie nos cuente algún sueño de la casa.

8

Milán, agosto 1943

Vanamente buscas en el polvo,
pobre mano. La ciudad ha muerto.
Ha muerto: se ha oído el último estruendo
en el corazón de la flota. Y el ruiseñor
cayó de la antena alta del convento,
donde antes del crepúsculo cantaba.
No, no excavéis pozos en los patios:
los vivos ya no tienen sed.
No toquéis a los muertos tan rojos, tan hinchados:
dejadlos en las tierras de sus casas:
la ciudad ha muerto, ha muerto.

9

La muralla

Y ya en la muralla del estadio,

entre las hendeduras y los mechones de yerba entrelazados,
las lagartijas resbalan, fulminantes;
y la rana vuelve hacia la herrumbre,
quieto canto de mis noches lejanas
de provincia. Tú recuerdas este sitio
donde la gran estrella saludaba
nuestra llegada como sombras. Oh amada,
cuánto tiempo se ha ido entre las hojas de los álamos,
cuánta sangre por los ríos de la tierra.

10

Oh mis dulces animales

Ahora el otoño roe el verdor de las colinas,
oh mis dulces animales. Aún escucharemos
antes de la noche, el último lamento
de los pájaros, la queja de la gris llanura
que va hacia aquel rumor alto de mar.
Y el olor a madera entre la lluvia,
el olor a las cuevas: cómo vive en los hombres,
en las casas, oh mis dulces animales.
Este rostro que gira los ojos lentamente,
esta mano que señala el cielo donde
un trueno rompe, son vuestros oh mis lobos,
zorras mías quemadas por la sangre.
Cada mano, cada rostro, son vuestros.
Tú me dices que todo ha sido vano,
la vida, los días corroídos por el agua
infatigable, mientras sube desde los jardines
un canto de muchachos. ¿Ahora, entonces,
lejanos de nosotros? Pero ceden en el aire
y apenas como sombras. Tu voz es ésta.
Pero tal vez yo sólo sé que todo esto nunca ha sido.

11

Escrito tal vez sobre una tumba

Lejos de todos, aquí, el sol cae
sobre tu pelo y lo enciende como miel.
Y a nosotros, los vivos, nos nombra
desde su arbusto la última cigarra del verano

de pájaros de las torres que abril
empuja hacia la llanura. Ya
estabas cerca de mí con esa voz;
y yo desearía que viniese a ti también,
de mí, ahora, un eco de recuerdos,
como aquel oscuro murmullo de las olas.

16

Elegía

Helada mensajera de la noche,
has vuelto sin mácula a los balcones
de las casas devastadas para iluminar
las desconocidas tumbas, los desamparados restos
de la tierra humeante. Aquí reposa
nuestro sueño. Y solitaria regresas
hacia el norte, donde las cosas van sin luz
hacia la muerte, y tú resistes.

17

De otro Lázaro

Desde lejanísimos inviernos golpea
un gong sulfúreo como el relámpago
en los valles humeantes. Y como en aquel tiempo,
la voz selvática se modula: "*Ante lucem
a somno raptus, ex herba inter homines,
surges. Y tu piedra cae
donde la imagen del mundo titubea.*"

18

El trayecto

¿De dónde llamas? De ti resuena
esta delgada niebla. Aún desde las cabañas,
es tiempo; los perros ávidos se lanzan
hacia el río tras las huellas olorosas:
luminosa de sangre en la otra orilla
la fuina carcajea. Es un trayecto

que conozco: sobre el agua se asoman
los guijarros negros; y cuántas barcas pasan
en la noche con antorchas sulfurosas.
Estás tan lejos, realmente,
y la voz carga un innumerable tono
de eco y apenas si oigo la cadencia.
Pero te veo: tienes enlazadas en las
manos las violetas —tan pálidas—,
y líquenes cerca de los ojos. Es verdad, estás muerta.

19

Tu silencioso pie

Y he aquí, el mar y la flor sobre el agave,
y el vivo color del río a lo largo
de antiguas tumbas densas bajo la muralla
como celdas de colmenas; y dentro de los
espejos, todavía sonriendo,
la niña del oscuro cabello suelto.
Una estaba a tu lado en las orillas jónicas
(fulguraba como una abeja con el brillo de la miel en su ojo)
y dejó apenas lo claro de un nombre
entre las sombras de los olivos. Nadie habrá
de salvarte: tú sabes que llega un día como los otros
a tu rostro: un cambio de luz
rápido alrededor del círculo que nos encierra,
más allá del vacío de la luna, donde
atraviesa el Hades tu silencioso pie.

20

Hombre de mi tiempo

Eres aún el de la piedra y la honda,
hombre de mi tiempo. Estabas en la carlinga,
con las malignas alas y los relojes de muerte
—te he visto—; en el carro de fuego, en la horca,
en las ruedas de la tortura. Te he visto: eras tú,
con tu exacta ciencia resuelta al exterminio,
sin amor, sin Cristo. Has matado hoy,
como siempre, como mataron los padres,

como mataron los animales que te vieron por primera vez.
Y esta sangre huele a esa del día
cuando el hermano le dijo al otro hermano:
“Vamos a los campos.” Y ese eco frío, tenaz,
ha llegado a ti, en tu jornada.
Olvidad, oh hijos, las nubes de sangre
surgidas de la tierra, olvidad a los padres:
sus tumbas se abisman en la ceniza,
y el aire y los pájaros negros cubren su corazón.

